



¡Ay, mamá, qué noche aquella!
en que el falso me decía...

Cantando y tocando eso por las calles,
se ganaban—o se perdían—la vida cuatro
Beethovenes de aire libre, cuatro
huérfanos del Arte, que parecían que lloraban
por su papá.



Llegada cierta vez la hora agradable
de pedir, se adelantó uno de ellos, Vidamía,
y... de pronto un caballero le en-
tregó tres billetes de 100 pesos; le dijo
que era director de teatro y que lo con-
trataba porque tenía una voz angelical.



Vidamía, enorgullecido al punto, des-
precia á sus compañeros con ademanes
trágicos. En uno de esos movimientos,
tocó á la guitarra que llevaba colgada, la
que lanzó un gemido de dolor.



Y se vistió como un Caruso, dispuesto
á cantar como éste y á tocar todo lo que
fuera menester para llegar á la gloria
artística. El había oído decir que Caruso
no sólo cantaba, sino que tocaba tam-
bién.



Pero, al pedir un hife en el hotel de-
frente de un ventilador, se resfrió el hom-
bre por el director del teatro y se quedó
en la miseria negra y con una carraca
en la garganta.



En castigo de su mala acción con los
compañeros, tuvo que ir á tocar el orga-
nito á un acróbata popular. Pasó á ser
un mortal simple, al que se aplicaban de-
lleno aquellas palabras terribles "Gana-
rás el pan y la cebolla con el sudor de
tu frente".